

RECORDANDO A XAVIER ZUBIRI

JORGE EDO. RIVERA CRUCHAGA

Todavía consternado por la fulminante realidad de la muerte de ZUBIRI, escribo estas líneas para rendir homenaje a quien ha sido, a mi manera de ver —junto con Martin HEIDEGGER— uno de los mayores filósofos de nuestro siglo. Durante un par de años pude conocerlo de cerca en un seminario privado en torno a su libro «Sobre la esencia». Semana a semana tenía yo entonces la oportunidad de analizar, con su propio autor, esta obra magistral. Con enorme paciencia ZUBIRI soportaba mis preguntas y objeciones y me explicaba hasta en su detalle el sentido y la razón de ser de cada una de sus afirmaciones. Muy a menudo la conversación se deslizaba hacia otros campos de la filosofía. A veces ZUBIRI bromeaba. Era todo menos un académico solemne. Filosofar era para él un quehacer absolutamente concreto. Y lo abordaba con pasión.

Hoy, en medio del dolor que inevitablemente nos causa su partida, siento resurgir desde lo más hondo de mi ser los rasgos de su figura inolvidable. De tipo más bien menudo y de movimientos ágiles, ZUBIRI era un hombre de mirada limpia, ojos celestes sumergidos en un mar de bondad y, a la vez, chispeantes de picardía. Conversador infatigable, su trato era directo, cordialísimo y, en ocasiones, un poco socarrón. Una lejana e indescriptible melancolía cruzaba a veces, como un relámpago, su hermoso rostro varonil, se quedaba temblando unos segundos entre los ojos y la boca, y desaparecía luego en una abierta sonrisa o en una broma ligera.

Los momentos de trato con ZUBIRI nos parecían siempre demasiado breves. Su vida transcurría en el silencio y el retiro de su casa de la calle Núñez de Balboa, en Madrid. En una gran sala, bien iluminada, de paredes tapizadas desde el suelo hasta el techo por miles de libros —«aquí, me decía, bien a la mano, tengo a los griegos»— ZUBIRI pasaba los días enteros entregado a su tarea de investigación y puesta a punto de manuscritos con vistas a la publicación. Su única interrupción, en aquellos años, eran sus cursos, muy breves —cuatro o cinco lecciones— dictados hacia el mes de marzo en la Sociedad de Estudios y Publicaciones, en Madrid, y unas semanas de descanso en su ciudad natal, en el verano. Los cursos de ZUBIRI eran entonces el acontecimiento intelectual más importante de Madrid. Su palabra fluida, precisa, incisiva, corría con rapidez vertiginosa. Desde los primeros segundos se encontraba uno sumido *in medias res*, buceando en aguas profundas, cayendo de asombro en asombro, hasta los instantes finales en que la voz del filósofo solía velarse de contenida emoción. Sentíamos en esos momentos que algo pasaba, algo difícil de describir. Era como si la persona del pensador desapareciera y escucháramos la voz de un Otro, por encima de él y de todos. Yo recordaba entonces el fragmento 50 de HERÁCLITO: «No a mí, sino al Logos escuchando...». En un grave silencio, tenso y expectante, surgía poco a poco, como en doloroso parto, un concepto nuevo, limpio y pulcro como un diamante, que terminaba por fraguarse en la palabra justa, auténtica creación poética. Desde ella la lección entera quedaba transida de sentido y adquiría de golpe su verdadera figura. Cuando ZUBIRI terminaba de hablar, se retiraba uno en silencio, con el alma resonante, dominado por una desconocida felicidad. Algo nuevo —los griegos lo llamaban *alétheia*— había surgido ante nosotros. Sentíamos que cualquier palabra nuestra lo mancharía. Volvíamos callados a nuestra casa custodiando con secreto cuidado el fruto recogido.

Cuantos han tenido contacto personal con ZUBIRI o leído sus escritos, han admirado el increíble cúmulo de conocimientos en las más variadas disciplinas de que ZUBIRI disponía. Su dominio de gran cantidad de idiomas, unido a la familiaridad con muchas de las ciencias positivas y al dominio de la historia entera del saber y especialmente de la filosofía, le permitían moverse con la misma

facilidad en las matemáticas y la física, en la arqueología y la paleontología, en la biología y la medicina, en la filología clásica y en las lenguas orientales, en la historia de las religiones, como en los problemas más arduos de la teología especulativa o de la exégesis y la patrística, o enfrentarse en forma siempre profunda y original con los grandes interrogantes de la filosofía. Su lenguaje era preciso, claro, ordenado y de clásica belleza. En sus últimos escritos, especialmente en la trilogía sobre la Inteligencia, cuyo volumen final apareció recién este año, la palabra se convierte en una aventura del pensamiento. Tremendamente densos, en lucha constante por decir lo hasta entonces sin nombre, estos textos difíciles, de hirsutos vocablos, contienen no sólo un pensar filosófico de la mayor envergadura, sino también un *decir poético*, en el más hondo sentido de esta palabra, tal como ocurre también en los densos y duros textos de ARISTÓTELES o HEGEL.

La enorme extensión y profundidad de saberes no provenía en ZUBIRI de un afán de erudición. Nada más lejos de su ánimo. Provenía de un auténtico y apasionado amor por el saber. Fue *filó-sofo* en el sentido más estricto de la palabra. Sentía una irreconciliable aversión por todo academicismo artificial, por todo exhibicionismo y espectacularidad. Amaba el silencio, el recogimiento de los días invernales, la labor paciente y callada. Siempre entendió la vida intelectual como una ascética de la verdad y como un servicio a los demás y, en el fondo y por encima de todo, como una actividad religiosa. Una vez me decía: «Cuando estamos en la verdad, estamos en el Verbo de Dios, vivimos en Dios». Por sobre todo saber, ZUBIRI prefería, empero, el amor, la bondad, el desinterés, la entrega a los demás. No en vano escribió una vez, como lema de un libro, la frase de ARISTÓTELES según la cual «la amistad es lo más necesario de la vida».

Nació en San Sebastián el 14 de diciembre de 1898, Xavier ZUBIRI estudió sus humanidades en el Colegio de Santa María, de su ciudad natal. Continuó sus estudios de filosofía y teología en Lovaina y Roma, donde a los 22 años obtuvo el grado de doctor en teología. Ya desde entonces data su extraordinario conocimiento de los Padres Griegos y el comienzo de sus estudios de lenguas orientales e historia antigua. De Roma vuelve a Madrid. Un día un joven delgado, pulcramente vestido de negro, apareció inespe-

radamente en el curso de metafísica que por aquellos años dictaba ORTEGA Y GASSET ante 15 alumnos en una vieja y oscura casa de Madrid. A ORTEGA le gustaba dialogar con sus alumnos, pero la presencia del nuevo discípulo, serio y taciturno, quebró por unos minutos el jovial ambiente que difundía en torno suyo la persona del gran maestro. De pronto el recién llegado hizo una pregunta. ORTEGA cayó en la cuenta de la calidad intelectual del nuevo discípulo, y desde ese momento fueron amigos. Los cursos se convirtieron entonces en un diálogo con ZUBIRI.

Un año más tarde, ZUBIRI se doctoraba en filosofía con ORTEGA. Su tesis, publicada por dos años después bajo el título de «Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio», obtuvo por unanimidad la máxima distinción. Era en 1921. ZUBIRI tenía veintitrés años. En 1926 ganaba por oposición la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid.

Su formación intelectual, si descontamos los años de adolescencia en San Sebastián, se realizó en Madrid, Lovaina, Roma, Friburgo de Brisgovia, Berlín y París. ZUBIRI siguió cursos de filosofía con ZARAGÜETA, GARCÍA MORENTE, ORTEGA Y GASSET, HUSSERL y HEIDEGGER; de física y matemáticas con LA VALLÉE-POUSSIN (Lovaina), REY PASTOR y PALACIOS (Madrid), ZERMELO (Friburgo), SCHRÖDINGER (Berlín) y Louis de BROGLIE (París). Estudió biología con NOYONS y van GEHUCHTEN (Lovaina), SPEMANN (Friburgo), GOLDSCHMIDT y MANGOLV (Berlín); lenguas orientales e historia antigua con DEIMEL (Roma), LABAT, BENVENISTE, DHORME y DELAPORTE en L'École de Hautes Études (París). Junto con BENVENISTE y DHORME trabajó en París en el desciframiento de las tabletas de RASH-AMRA (Ugarit).

Su obra impresa comprende cinco libros y una gran cantidad de artículos y traducciones. Su primer libro (1923) es la tesis doctoral que ya hemos mencionado. Le sigue, en 1944, «Naturaleza, Historia, Dios»: una colección de artículos y ensayos publicados en diversas revistas españolas, a los que se agrega un curso de teología dictado en el Instituto Católico de París. Después de un largo período de silencio, ZUBIRI publica en 1962 su libro más importante, «Sobre la esencia», que contiene su metafísica o teoría de la realidad. En 1963 aparecen sus «Cinco lecciones de filosofía», y entre 1980 y 1983, los tres volúmenes de su genial obra sobre la

«Inteligencia sentiente». Entre sus artículos más importantes cuentan los que escribió sobre la dimensión histórica del ser humano, sobre el concepto descriptivo del tiempo y sobre la respectividad de lo real (todos ellos publicados en *Realitas*, Madrid).

Al morir, el 21 de septiembre recién pasado, cercano ya a los 85 años, ZUBIRI ha dejado a punto de terminar un libro sobre Dios y, en avanzado estado de redacción, 600 folios de antropología, y un tercer libro sobre problemas cosmológicos. A todo ello hay que añadir los 30.000 folios correspondientes a los cursos dictados en los últimos años.

Xavier ZUBIRI no fue, ciertamente, un filósofo de moda. Y lo fue cada vez menos. Al igual que HEIDEGGER, en los últimos años de su vida, ZUBIRI se había volcado enteramente a la meditación apasionada en torno a la verdad. «No hay que confundir jamás la moda con la verdad», me decía. Sabía muy bien que lo importante no era el aplauso, y menos en una hora como la nuestra, cuando «estamos innegablemente envueltos en todo el mundo por una gran oleada sofística». «Como en tiempos de PLATÓN y de ARISTÓTELES —escribía en 1980— también hoy nos arrastran inundatoriamente el discurso y la propaganda. Pero la verdad es que estamos instalados modestamente, pero irrefragablemente, en la realidad. Por esto es necesario hoy más que nunca llevar a cabo el esfuerzo de sumergirnos en lo real en que ya estamos, para arrancar con rigor a su realidad aunque no sean sino algunas pobres esquilas de su intrínseca inteligibilidad» (Prólogo a «Inteligencia sentiente»). El lo hizo ejemplarmente. Lo hizo toda su vida, pero muy especialmente en los últimos años. Ni la concesión del doctorado «honoris causa» por la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto, en 1980, ni el Premio Nacional Ramón y Cajal, recibido, a una con el bioquímico y premio Nobel, Severo Ochoa, de manos del Rey de España, en 1982, ni la recepción de una de las más importantes condecoraciones científicas de la República Federal de Alemania, turbaron en lo más mínimo la rigurosa voluntad de retraimiento de todo lo público que dominó siempre en el gran filósofo español. Y no es que no supiera entregar su amistad en forma generosa, sacrificando muchas veces el más precioso de los tiempos. Su retraimiento respondía a la búsqueda, apasionada y exclusiva, de la verdad, a solas, en el secreto diálogo del alma consigo misma.

Apenas terminada su obra sobre la Inteligencia, emprendió la gran tarea de darle forma definitiva al libro sobre Dios y la religación. Ya en 1972 me decía que este libro estaba casi listo para ser publicado. Pero yo entendía que esto no significaba que aparecería pronto. Conocía la tremenda escrupulosidad de ZUBIRI para con sus escritos. Catorce veces —me dijo— había redactado algún capítulo de «Sobre la esencia», e incluso así había quedado insatisfecho. Semana a semana —los días viernes— les leía a los participantes en el llamado Seminario Xavier Zubiri los folios que había escrito durante la semana. Diego GRACIA, director durante diez años de dicho Seminario, escribía hace poco: «Día a día le vi bregando con su preocupación más íntima. Trabajaba a buen ritmo y todo hacía pensar que el libro estaría listo en el plazo de pocos meses. Su planteamiento era exactamente el opuesto al de la clásica teodicea. El no trataba de probar lógica o conceptivamente la existencia de Dios; como decía con frecuencia, eso en el mejor de los casos conduciría a la afirmación de un concepto, nada más. Pero el Dios a quien se reza, en el que se confía y de quien se espera no puede ser una idea, ni un concepto especulativo. ¿Habría podido rezar alguien alguna vez, le oí decir en cierta ocasión, al 'motor inmóvil' de ARISTÓTELES? La realidad de Dios, de existir, ha de ser el fundamento de toda realidad, la realidad fundamento». Al ir configurando el hombre, en su efectivo vivir, la figura de su ser, configura, a la vez, el fundamento en sí, esto es, configura de una u otra manera real a Dios.

Junto con la filosofía, la otra gran pasión de ZUBIRI fue la teología. Muchas veces me dijo que hubiera querido, por encima de todo, ser teólogo. Y en alguna forma lo fue. En repetidas ocasiones orientó su reflexión hacia los temas teológicos. Entre sus más admirables páginas cuenta la conferencia titulada «Reflexiones teológicas sobre la Eucaristía», que dictara en Deusto a raíz de la concesión del doctorado «honoris causa» por esta Universidad. En 1967 asistí en Madrid a un curso privado sobre temas teológicos. Recuerdo que en una de las lecciones estaba sentado a mi lado D. Pedro LAÍN ENTRALGO. En un momento éste se inclinó a mi oído y me susurró: «Jamás he escuchado nada tan genial como lo que ahora dice ZUBIRI».

Ya su labor ha terminado. La figura de su ser ha quedado de-

RECORDANDO A XAVIER ZUBIRI

finitivamente fraguada, que es como él pensaba la muerte. Hoy lo sentimos más cerca que nunca. No escucharemos ya su voz. Pero su palabra seguirá incitándonos a la meditación. Un día España y todos los que hablamos español podremos reconocer cómo ZUBIRI ha ido creciendo. Todavía apenas sabemos lo que ha sido. Pero tengo la más honda convicción de que Xavier ZUBIRI es la máxima expresión filosófica de habla hispana de todos los tiempos, y que un día se le reconocerá como tal.

